

Cerretani

Arturo Cerretani

El bellaco Bellán



IN OCTAVO
2025

Este libro se publica y ofrece gratuitamente a los suscriptores de *In Octavo*, con el único propósito de su puesta a disposición, en el mismo sentido en que lo haría una biblioteca pública. Esto no significa en modo alguno que su contenido haya sido librado al dominio público. Los propietarios de los derechos pertinentes están debidamente consignados. Cualquier uso alternativo, comercial o no, que se haga de esta versión digital o se derive de ella es absolutamente ilegal.

In Octavo

inoctavo.com.ar

Arturo Cerretani

El bellaco Bellán



IN OCTAVO
2025

Noticia

Bellán es parroquiano del bar Férugson, esquina de algún barrio porteño de las décadas del cuarenta o el cincuenta, donde el ruido de los dados en el cubilete se mezcla con el golpe del taco sobre la bola, y todo se sumerge en el vocerío de los mozos y la charla apasionada en mesas de amigos como la que aborda cada atardecer. Para sus contertulios, Bellán es un patán insufrible y no le disimulan el desagrado, pero el hombre insiste, con su presencia y su patanería. Un día alguien, el narrador, descubre que hay otro Bellán, perfectamente aplomado en sus modales y en sus costumbres, un Bellán doméstico que lee y fuma en su sillón, amorosamente atendido por una esposa soñada con la que habla en el lenguaje de las flores. El grupo sucumbe al desconcierto, primero por la incongruencia de esa doble vida, luego por la inconcebible atracción del personaje sobre una mujer hermosa, después por su increíble supervivencia a dos arteros ataques a balazos, y finalmente por la inexplicable resistencia a lo bueno y a lo malo de su personalidad disociada.

En la mesa del bar a Bellán le dicen bellaco, y no patán, por una cuestión de simpatía fonética. Ese capricho verbal remite a un segundo nivel notable en este relato: su registro lingüístico. El narrador emplea un habla pretendidamente coloquial pero del todo literaria, cuyos orígenes pueden rastrearse en los escritores humoristas de la revista Patoruzú y cuyos ecos llegan

hasta la actualidad, en los comentarios políticos del novelista Jorge Asís. Ese registro apela a las palabras cultas y las construcciones rebuscadas, y las mezcla sin rubor con términos del lunfardo y giros callejeros, y también con expresiones en otros idiomas más o menos conocidas o comprensibles, para producir un efecto sostenidamente irónico y distante respecto de lo que narra. Supone un lector con secundario completo (de esa época), que aún no se siente dueño de la alta cultura pero que tampoco se deja intimidar por ella: el narrador de esta historia tiene cierta familiaridad, y supone que su auditorio también, con la revista Sur de Victoria Ocampo, con los personajes del Renacimiento florentino, y con el Uli-ses de James Joyce, cuya primera copia llegada a Buenos Aires (en francés) capta su interés.

Arturo Cerretani (1907-1986) exhibe una producción literaria extensa, variada, experta y absolutamente inclasificable o asimilable a las corrientes de su tiempo, que incluye el cuento —desde Celuloide (1930) a Pequeña suite (1983)— y la novela —desde Muerte del hijo (1933) hasta Misterio de Beata Faragó (1977), pero también el teatro —recogido en Tres dramas y un cuarto (1964)— y el guión cinematográfico —desde Medio millón por una mujer (1940) hasta La violencia (1968)—, sin que falte un pasaje por la televisión en los episodios del Teleteatro para la hora del té (1956). La novela corta El bellaco Bellán apareció originalmente en 1960, y nunca fue reeditada.

El editor

El bellaco Bellán

NUNCA ANTES se habló de un tal Bellán, sujeto frecuentador del Férguson hace una pavada de años. Si alguna vez se aludió a él, fue siempre de soslayo y a regañadientes. No fue jamás amigo, ni compinche ni relación válida, sino individuo de poca monta mantenido a distancia por la cantidad de encono que a cualquiera le brotaba ante su mera proximidad. Era un tipo oprobioso, sublimación de cuanto se da en el mundo de ofensivo y *más bellaco* o *tan bellaco como Bellán* fueron usuales términos de comparación entre nosotros, gente de Férguson.

Voy a narrar en varios miles de palabras cuanto se supo, se dijo o se ignoró acerca de esta infelicidad de hombre.

LO RECUERDO con el chambergo en el filo de los ojos como si buscase negar un mínimo de acceso a su mundo interior, le recuerdo el talante de aparecido, de venido a menos, de estorbón nato y escorchador de la paciencia ajena. Chiflaba, los pulgares en las sisas del chaleco, y al cruzar las piernas mostraba siempre en berlina por encima de la media enligada una ancha ración de fofa pantorrilla. Era rijoso además, y lo dejaba a usted con la palabra en la boca para volar a la puerta del boliche cuando pasaba al azar una chinita bien puesta, cosa de llegar a tiempo y babosearle en la oreja un piropo tremebundo. Quizá en esa sensualidad del tipo radicó el secreto de la hazaña grotesca que le ocurrió un buen día y le costó buenos chorros de sangre contaminada. Dios hace bien las cosas a veces. Aquella vez la hizo inmejorable.

Nunca ostentó el pañuelo sino emporcado de *rouge* y perfumado con alguna agresiva colonia de baratijero. Cerrábamos los ojos y el olfato ante la exhibición, y apretábamos los dientes para no ensancharle con un par de tajos el hoyo carnosos que la naturale-

za le había plantado en la barbilla. Nuestra actitud lo soliviaba, creo. Estábamos persuadidos de que nos favorecía con una subterránea tirria, pareja de la animosidad nuestra con respecto a su humanidad detestada de individuo capaz de compendiar en sí lo execrable, lo superfluo, lo abusivo.

Porque, vamos a ver si es detestable o no un personaje que se jacta ahora sí y luego también de amores deleznables y aun inexistentes, cuando no prostibularios, y que incluso trampea en el juego... Sí, señor, que hace fulla con impavidez de irresponsable. ¿O acaso no obligó a nuestro Duque Pablo a aferrarlo una vez por las solapas para alzarlo en vilo y desplomarlo del otro lado de la mesa como el fardo de pasto seco en que el terror lo convirtió de pronto? “Si lo lastimo —meditó a tiempo nuestro Duque durante el lapso de la acrobacia forzosa de Bellán— voy a tener que pagarlo por bueno.” Y lo dejó arrumbado por vil y por bellaco, lamentando él mismo, y haciéndonos lamentar a nosotros, su inesperado sentido de la medida.

Mal hecho, Duque: caso de accidente, el Féruson se hubiera cotizado en pleno a tanto por bocha para abonar sin regateos el precio en que el bellaco fuese tasado por la generosidad ajena. Porque soltaba además una vocecita de fierro viejo capaz de sacar de quicio. Maullaba él, y nuestras fibras se nos partían como cristales. Nos deprimía sumamente, nos deshidrataba, nos mataba de a cachos, no había modo de no sucumbir al mero retintín de su verba ríspida de cacerola malísimamente estañada.

Ah, me quedaría aquí tres páginas vociferando pestes acerca de este bellaco que escondía los ojos, fumaba prestado y lucía siempre las uñas enlutasdas. Cuando se supo que tenía mujer, en el Féruson nos negamos a admitir la guayaba como cierta. Qué habría de encontrar consorte esta excrecencia del orbe, dónde iba a dar este rufián con ojos de hembra aptos para fijarse en él sin quedar en el acto inundados de disgusto, con manos de manceba que lo acariciasen sin pringarse, con corazón de dueña capaz de latir sino con un latido postrero.

No hubo modo de eliminar del Féruson a este perdulario. Ni a empellones. Una vez Ernesto Lema llegó a hundirle las garras en las clavículas y a berrearle “Usted por aquí no vuelve, usted por aquí no vuelve...” mientras lo arrastraba hacia la puerta. No recuerdo a consecuencia de qué exceso pudo estallar la jarabortina. Debíó de ser matufia en el juego (*da capo*), o algún graznido de su voz más impotable que otros, pero en vano clarineó Lema “Éste no vuelve más, éste no vuelve más...”

Volvió, sí, señor. Un atardecer llegamos de la calle Pedro Manso y un servidor, y encontramos que estaba ahí en la tarea de sorber a chasquidos viciosos un vinacho baratieri. Cuando llegó Lema y lo vio, quiso echársele encima. Lo atajamos. “Es una alimaña, Lema...” hubo que sugerirle. Entonces, si era una alimaña, él quería echársele encima. Bellán atisbaba desde su moscato con distracción suicida, y quizá en ese momento no supo que nos debió una

chispa de la vida que le restaba. Tenía poca. Su destino estaba marcado, porque si bien no finó del todo (más adelante) alguna aproximación de la boqueada final hubo en aquella retozona peripecia que le sucedió según ha de contarse.

Lema se comportó como un dechado, en la ocasión, y ni siquiera se dio por aludido cuando el bellaco, como quien no quiere la cosa y masticando un palillo, se nos adosó otra vez.

—*¿Amis comm'avant?* —canturreó el infeliz con ánimo de ponerse a palmeaar el hombro de su agresor fallido.

Tembló por él, por Bellán. Pero ya dije que Lema no recogió la intentona. Toleró la mortificación con apenas una resignación de las pupilas, tal como si levantase al Señor el pensamiento para dedicarle el homenaje de este sacrificio. No pasó de ahí la cosa.

Pero inútil, completamente al ñudo ponerse a inventar desaires para darle a entender a Bellán hasta qué punto podía hacérsenos despreciable; tenía el hombre la más paupérrima capacidad de comprensión y podía llegar sin esfuerzo alguno aparente a inagotables paroxismos de imbecilidad.

Cierta vez ocurrió que despuntábamos el vicio jugando al tute por chirolas, y que otro común amigo —Máximo Dana— llegó a perder un cinco nada más en beneficio del bellaco, y que sólo tenía (Dana) una moneda de veinte para saldar la deuda. Bellán no llevaba plata chica encima según aseguró, de mo-

do que “Le debo los cinco...” dejó caer Dana, sin interrumpir la baza, cosa la más natural del mundo. Pero el bellaco dilató los ojos y con gesto rápido de urraca avarienta le arrampló a Dana el veinte que tenía entre el índice y el pulgar, y eyaculó con su voz aguerrida:

—Le debo quince, para simplificar.

Otra vez más su existencia corrió peligro, y si nuevamente la sacó barata fue sólo porque esa clase de demasías hacían teclear a la gente de estupefacción, y nadie acierta a desplumar a un ganso una vez pasado el segundo propicio. Por otra parte, llevada a término la enormidad, Bellán se dedicaba a escudriñar a los circunstantes con ojos que desde algún ángulo favorable podían parecer desprovistos de verdadera malicia. Era un imbécil, se llegaba a suponer, antes que personaje de veras y deliberadamente dañino. Y así, en la duda, su vida quedaba a cubierto vez a vez, aunque injustamente.

Cuando esto de Dana, el desventurado Dana quedó cosa de minuto y medio con el índice y el pulgar aproximados como si todavía conservase la moneda entre las yemas, con la vista dirigida a una quemadura de pucho en el borde de la mesa. Estoy seguro de que tenía la mente seca y de que si hubo en él ánimo asesino contra el interpósito, fue solamente el que nosotros le suponíamos según nuestro latente ánimo asesino, en todo momento proclive a buscar por las vías del crimen la satisfacción necesaria a que nos sentíamos con derecho.

Gana de ultimarle no faltó tampoco en aquella otra oportunidad. Estábamos reunidos los camaradas hablando cosas que nos incumbían. Del todo tranquilos estábamos, desprevenidos. Nada nos acababa y tal vez polemizábamos, luego de la habitual partida de cabrero, acerca de si la vida era tan hermosa de ser vivida como nos lo parecía en ese beato instante. De pronto se lo vio aparecer a él, a Bellán, en el marco de la puerta de nuestro Féruson, y como siempre temimos que esta engorrosa presencia generase el descalabro.

El estallido corrió por cuenta de Severo, hombre de paz siempre, comprendedor nato, generoso y humano hasta la desidia. Detectado el bellaco, primero juntamos las cabezas para fingir la deliberación grave que teníamos en consideración; inútil comedia, porque aquella deyección imperturbable se aproximó igualmente.

Severo sintió que la sangre se le encaramaba a la tonsura, no pudo con su alma y descargó tan formidable castañazo sobre la mesa —desdeñado el mejor objetivo— que saltaron al mismo tiempo los vasos, las barajas y los porotos destinados a memorizar los tantos de la partida.

—¿Pasa algo? —se alarmó aquel excremento sonriendo con la boca en punta y desbordando los ojos en una mirada angélica.

—¡No lo aguanto maaaaássss! —aulló Severo en tanto se empinaba de un brinco y acudía al estaño para cambiar dos rabiosos tragos con el dueño.

Todos a una volvimos la cabeza hacia el recién llegado por ver cómo se comportaba luego del desplante del camarada, cuya mímica configuró sin la menor duda un evidente insulto. No se comportó de ninguna manera; actuó en consonancia, de acuerdo con el proceder insensato inherente a su original persona: mordía su palillo de turno y nos abarcó en conjunto, seguro de que su identidad estaba fuera de juego.

—Debe estar perdiendo mucho ¿no? —tuvo la osadía de cacarear—. Digo... Para ponerse así...

Infructuoso cuanto se intentase para ponerlo en vereda: Bellán no entendía razones, ni indirectas, ni procedimientos tan definidos como los del Duque Pablo, Ernesto Lema o el de Severo, hombre de paz. El bellaco era impedimento de origen, importunador vernáculo, quídam de esos que descienden al mundo para poner a prueba la virtud ajena, sobrehueso eliminable en suma, pegote de los que hay que sujetar por el gañote y frotarlos contra la pared. Esto decía a menudo Ernesto Lema: “Frotarlo y refrotarlo...” Si se hubiese dado el gusto Lema, yo estaría contando ahora esta historia ventajosamente sólo hasta la primera mitad.

Inútil todo. Nulo que celásemos nuestra intimidad dentro de un silencio elocuente. Este insigne fregante se conformaba a las cosas, soportaba el mutismo ajeno con secreto goce y se acomodaba a las clausuras solamente para darse en cualquier momento la satisfacción de quebrárnoslas con su voz de

♦ El bellaco Bellán

orinal. Al escucharlo nos crispábamos a un tiempo, y advertíamos sofocados que el colectivo encrespamiento era signo fehaciente de su victoria. Por eso se hacía preciso cadaverizarlo de una buena vez, o si no dar la partida por perdida y dejarlo perseverar en su ubicuidad vejatoria hasta la consumación de nuestros respectivos organismos.

Señores: alguien se encargó de matarlo en vez de nosotros.

VALE DECIR: alguien tomó a su cargo, en lugar nuestro por lo menos, el encomiable intento de excluir al bellaco del mundo de los vivos. Porque Bellán fue víctima de la más certera mala intención homicida digna de ser narrada en blanco y negro, acontecimiento que describe seguramente una venganza en cuyo desarrollo nada tuvimos que ver nosotros, la buena gente del Férguson, pero que algún oscuro vengador apostado en el corazón de la tiniebla quiso brindarnos en bandeja para dejárnosla gozar en plenitud.

Quizá en alguna parte de la ciudad graznó él con su voz infecciosa, o intentó Dios sabe qué engañapichanga en el juego, según hacía por inveterada predisposición, o simplemente se dio a codiciar el fruto del cercado ajeno y a perseguirlo con uñas y dientes al tenor de su hábito. De cualquiera de estos tres motores iniciales alguien se vio en la precisión de darle su merecido al sotreta y, para su perfecto logro, buscó el escarmiento más lúcido y lucido de que se tenga recuerdo.

Debería usted remontarse al Renacimiento florentino (Cfr. Giovanni Boccaccio, Cecco Angiolieri, Giannetto Malespini, etcétera...) para topar con otro acto punitivo capaz de implicar igual tenacidad, idéntica perseverancia, semejante lujo de imaginación. Lo que no se explica demasiado es que, para simple castigo, la aventura hilarante llegase a tocar tales extremos de riesgo. Porque hubo riesgo no pequeño en la empresa de que, como remate, el bellaco fuese a dar con su humanidad al mundo de enfrente, aproximación que el destino quiso evitarle ya por piedad de último momento, ya porque en última instancia le dio por hacer las cosas de manera y modo que quedasen inconclusas. Esto fue así quizá por razones que el azar delibera y que el frecuentador medio del Féruson con su pequeña inteligencia no consigue dilucidar.

Y que no conseguirá jamás porque, vamos a ver: se le disparan a un ser supuestamente humano (y aún en el caso de que el bellaco lo fuese del todo) no menos de diez balas de Colt... ¿y qué ocurre? ¿Fenece, espicha, despicha, palma el bellaco como cualquier hijo de vecino? Señor, no. El bellaco no expira, ni fina, ni nada, por la sencilla razón de que es un resistente bellaco. Se trata de cinco disparos una vez y nuevamente de otros cinco la siguiente, como si el número de balazos tuviese una significación endemoniada, cosa que nadie cree.

Signo especial no, entonces. Cinco y cinco no encierra misterio ni implica mensaje alguno. Cinco y

cinco es el azar que se hace cinco por dos veces, pero sin trascendentalizar la propia esencia, sin darse corte, como se han hecho cinco y cinco sin asomo de dique los dedos de la mano y de los pies y no por ello se jacta Nuestro Señor de demasiadas cosas.

Sin embargo... *qu'est que c'est que c'est que ça?* ¿Debe o no debe morir de muerte total el oneroso sujeto, objeto de una decena cabal de descerrajazos, bien que distribuidos en dos tandas fraccionadas entre sí por una pausa de internación en cierto nosocomio, durante cuyo transcurso se procede con acierto a la refección del agónico amolador?

Bellán (su alma deteriorada) no se entrega. Tras los cinco tiros del preámbulo instalan al cuitado en el San Roque durante todo el tiempo requerido para que el cirujano Fitipaldi, el más seguro bisturí de aquel entonces, le extraiga del colete todo ese plomo y haga cicatrizar uno a uno la totalidad de los boquetes. Esto lleva apenas dos meses porque lamentablemente se trata de una excelente carnadura.

Se repone pitando el desgraciado y en seguida vuelve a fachendear en pleno Férguson la cantidad de vida que le resta. Se pavonea, bellaquea, se contonea orondo y envalentonado. Y por encima de todo habla, cuenta su historia a diestra y siniestra sólo para poner de relieve, al final y a cada rato, la vitalidad de su organismo. Cinco agujeros como cinco vainas de chaira y tanta hemoglobina derramada como para rellenar una docena de morcillas o para poner coto a un par de anemias perniciosas.

Habla y habla, el bellaco infatigable. Se exhibe tanto y de tal modo que al oculto agresor tal vez le renace la apetencia de meterle otras tantas balas entre el pecho y la espalda, cosa que a los hados benefactores del interfecto se les fatigue la generosidad y decidan de una vez por todas la eliminación de un probado bellaco del mundo de los fenómenos. Ésta fue mi confesada esperanza, y la de Máximo Dana, la de Manso, la de Lema, la del Duque Pablo, la de Severo y la de cuantos por un azar o por otro quedábamos convertidos en compadecedores casi exclusivos de su broncofónica oratoria y de sus trapalonerías, no menos que de su infatigable salacidad.

Entendido pues que resultó el hombre cribado a raíz de la primera sarta de disparos (algunos plomos le recorren de parte a parte los muslos, los brazos; un balín penetra por un cachete y se abre paso hasta el opuesto...), pero continúa inconvencible, bellaco al máximo, superabundante molestandor, desatado sinapismo irreprimible.

Así y todo fue cierto a partir de entonces, y a pesar de la orondez de que hizo gala constante y del petulante cacareo, que empezaba a vivir no poco amedrentado, se lo veía recorrido por un concreto estremecimiento cada vez que se abría o cerraba una puerta; y se debía esto a que lo ocurrido al bellaco estaba relacionado con puertas y a que gato escaldado huye del agua que se sabe. Escamado y espantadizo el incorregible perdulario, pero impertérrito, imperturbable.

No quiero adelantarme sin embargo a narrar la pequeña trama (trampa, engaño, agresión) de que fue objeto Bellán. Necesito poner previamente de relieve cierta condición del personaje que llega a dar a su vida una tonalidad a mi ver desconcertante. Hasta la presente línea sólo me he referido a él según su modalidad de engorroso frecuentador del Féruson. Allí nos parecía a todos, y exactamente como se ha intentado describirlo, el tercero en discordia a quien no se puede sino mostrar los dientes, el cristiano que despierta la inmediata hostilidad del interlocutor, el prójimo en suma a quien se debe frotar contra la pared, según el deferente decir de Ernesto Lema.

Imposible de concebir la sospecha de que en otro ambiente o ante otra combinación de circunstancias o de personas, pudiese ser distinto de como se nos evidenciaba de la cabeza a los pies en nuestro Féruson. Empero cabía colegir que fuera capaz de exhibirse según diferente perspectiva en la intimidad de un hogar, por ejemplo; distinto, por ejemplo, ante una madre y unos hermanos; por ejemplo diverso con respecto a una mujer cuya sensibilidad, por un misterio de esos, hubiese logrado anestesiar.

Intuíamos la posibilidad de esa semejanza, pero no conseguíamos imaginárnosla de acuerdo con formas corrientes. Pensábamos: ¿somos idénticos aquí y en otra parte? Yo en el Féruson, ante Lema, Dana, Manso y demás, era uno y bien determinado; en mi casa era otro (despótico y arbitrario); y resultaba sin duda otro más en el conchabo. Y de Dana

era sabido que escribía versos anarquistas, y de Severo que había padecido a rabiar por algo de lo que jamás se hablaba. Todos —Lema, Dana, Manso, Severo, el Duque y yo mismo— teníamos en nuestro haber oculto una secreta historia.

También debía de tener la suya, aparte e inconfesable, el bellaco Bellán. Con todo no acertábamos a componérselo casado. Constaba que la mayor contra la tenía el desventurado en la voz, y que esa voz era justamente la de un bellaco destinado a permanecer soltero y solo en la vida.

NO RECUERDO por qué *mercredi* tuve que acercarme a su casa. Sé solamente que vivía en Buen Orden, y al 800. Me veo en el acto de levantar y dejar caer la manecita de bronce, desganado, resignado a cualquier cosa.

A cualquier cosa, menos a que de pronto se abriese la puerta para dejar ver a una señora delgada, de misteriosos ojos azules y, por si fuera poco, llena de una sonrisa que le abarcaba toda la cara primorosa. Recibí la presencia de la muchacha como un impacto en el plexo y en un abrir y cerrar de ojos medité que esta damita podía ser prima, cuñada, amiga del barrio, nunca una esposa de bellaco. Todo eso vertiginosamente mientras ella me azulaba la sangre a fuerza de mirarme y de reconocer en mí a un presunto amigo de Bellán.

Me introdujo en la casa con un ademán simpático al cual se trasladó de inmediato la sonrisa que le iluminaba los labios. Se sentía capaz de reconocer sin vacilar a los amigos del esposo, porque él hablaba de ellos sin parar y como si los pintase con un

pincel. Yo era Tal, cómo ni iba a ser Tal luego de una descripción tan prolija como había sido objeto por parte del bellaco... perdón, por parte de Bellán.

Yo no quería molestar; ella quedó horrorizada ante el pensamiento de que mi visita pudiese causar siquiera un amago de inquietud. Los amigos de su marido eran sus amigos: no dijo esto con palabras, pero se vio en toda esa carita expresiva, a la que se encaramaban todas las emociones, que cualquier duda de mi parte la hubiera mortalmente ofendido.

Entré tras ella, entré. Se debía hacer de tripas corazón y engullir que las cosas fuesen tal como eran en esta casa donde una matroncita apenas adulta y afabilísima parecía desempeñarse como la más boyante esposa del mundo y como la compañera del mejor compañero que fuese a la vez el más extraordinario mortal.

Bellán no estaba en casa; ya llegaría; entre tanto yo debía aceptar su hospitalidad y esperar con ella. (Ahora recuerdo el motivo de esa visita a la calle Buen Orden al 800: tenía yo un cobro de pesos pendiente y Bellán se había jactado de un pariente, un cuñado, con probadas habilidades para manejar esas situaciones. “Mi cuñado se llama Trespando. No, no es el apellido de mi mujer. Mi mujer se llama de otro modo, Branca; eso es, como el fernet; esto pasa porque ella y él no son la verdad hermanos sino más bien hermanastros. Bueno, a eso iba: mi cuñado o Trespando es procurador de los buenos aunque no lo sea (cuñado del todo, no procurador) y le ganó flor

de pleito que no recuerdo quién (algún aprovechador) tuvo con Martens. Le hablo de Martens el aceitero. (Hombre, recuerdo: “La calidad en aceites...”)

A eso iba: cómo sería mi cuñado Trespando de capaz y eficaz (se recibió hace dos años...) que el mismo Martens lo hizo su propio apoderado. A eso iba...”)

La señora quiso hacerme amable la espera. Me condujo a través de un vestíbulo hasta una habitación acogedora y me hizo sentar en el silloncito de su marido, al pie de la ventana que daba a la calle. La casa era de planta baja, y a través de esa ventana penetraba en la intimidad de los Bellán y de un modo directo, toda la pausa sureña de la ciudad. No supe qué contestar cuando ella explicó que era en ese sillón donde su marido leía el diario y fumaba su pipa... Famoso, un marido que fuma y lee. Me sentí durante varios segundos el Bellán que leía y pitaba.

Lástima, decía ella, que estuviesen por levantar un cine en la vereda de enfrente. Lástima porque quedarían privados del panorama... Me fijé: el panorama lo diseñaban las casas fronteras, chatas según era de rigor, con el añadido de alguna nube desplegada en el cielo de añil vaporoso. Tal vez participase también de la vista sosegada ese tumulto de criaturas que se acercaba más y más y que sin duda desaparecería luego de atronar un poco a lo ancho de la calle. Esto era tan familiar —le dije—, tan cordial... Le agradó oírmelo decir. ¿Me lo parecía de veras?

—Por lo menos lo siento así —aseguré—. A usted acaso se le escapan los matices porque goza de ello,

porque usted misma lo ha creado y lo crea de continuo. A eso iba: a que usted lo crea.

Me oí, y oí a Bellán. Hablaba yo, y quien modulaba palabras estúpidas por mi boca era Bellán. *A eso iba*. Qué sé yo las necedades que me dejé escapar: que allí reinaba qué sé yo qué cosa, que reinaba sin tacha. Eso dije, eso: *que reinaba sin tacha*. Y quise morirme de veras, y no retóricamente como acababa de verme muerto con la imaginación retórica que tenía yo allá por aquellos años. La muchacha disimuló su embarazo y mi propio embarazo. Estábamos en conflicto porque ni ella ni yo acertábamos a empujar adelante una conversación más o menos llevadera. Ah, si hubiera estado Bellán en mi lugar, y si la señora ésta hubiese sido no su esposa sino mi esposa... con qué felicidad se hubiera él desempeñado. Qué talentazo el suyo, a no dudarlo, en coyunturas de esta especie dificultosa.

—Así es nomás... —susurró mi interlocutora para llenar el claro.

Imaginé que éste era el refugio donde Bellán se desplomaba luego de cumplida la diaria faena de jeringar al prójimo, y donde esta muchacha, su vínculo perfecto, seguro le alcanzaba aquellas mismas pantuflas de cuerina roja que despuntaban debajo de la cama de plaza y media adosada al muro y cuyas cretonas en flor, más los oblongos almohadones, la asemejaban a un diván impecable. Todo era pulcro e higiénico, aquí; aquí todo barrido, fregoteado y bruñido; esta joven casada era *the right woman in*

the right place. Ajá. Daba gusto verla tan acorde toda ella con la nitidez de muebles y paredes empapeladas, tan ajustada al lugar, tan ceñida a la leve tarea, tan de su casa —de esta casa suya...— toda ella desde los pies menudos hasta la melena airosa, con la fluyente sonrisa de esos labios modestos y el apagado vaivén de las manos finas.

Fue entonces cuando llegué a pensar que debía de haberme equivocado de departamento, de casa, de calle, de ciudad, de planeta. Esta no podía ser habitación del bellaco, y esta dulzura menos aún podía ser la mujer del bellaco. ¿Pero cómo? ¿No conoce uno a un ser humano al cabo de tanto padecimiento padecido en el Féruson? ¿No se lo sabe de pe a pa, digamos, y se intuye entonces las cuatro o a lo sumo cinco ineluctables maneras de vida que puede llegar a tener?

Resultaba difícil ajustar el orden de las ideas preconcebidas al nuevo sistema revelado en la mansión del monstruo. Me acometió la repentina certidumbre de que incluso nombrar mentalmente bellaco al bellaco que incuestionablemente lo era, no sólo constituía en este ámbito un abuso de lesa hospitalidad o una inconveniencia en el mejor de los casos, sino una fundamental incomodidad y una absoluta ineficacia de la que llegaría prontamente a arrepentirme.

Cuatro o cinco maneras de vivir podía tener el bellac... —*pardon*—, el amigo Bellán, pero de ningún modo ésta, que era ante todo la exhibición de

una decencia, de una impolitez apabullantes. A menos que precisamente Bellán y consorte hubiesen tramado apabullarme, y entonces todo este primor a la vista implicaba los términos de una conspiración destinada a persuadirme, y a persuadir de pasada por mi persona interpósita a la cofradía del Ferguson, en el sentido de que el bellaco llevaba aquí una vida intocable que tornaba injusta y abusiva, culpable en grado extremo, nuestra intolerancia con respecto a él, y criminal nuestra reiterada, constante e incluso gozosa oposición a cuanto emanase de su cuestionada personalidad.

Zánganos nosotros, faltos de psicología, de raciocinio, de elemental perspicacia, incalificables nosotros, bellacos nosotros, si no habíamos acertado a captar su identidad recóndita oculta bajo la envoltura repelente, la sola que considerábamos accesible. Descastados nosotros: Dana, Lema, Severo, Pedro Manso, el Duque Pablo, y sobre todo yo que narro y que, como aún se puede ver, me complazco en la divulgación de las supuestas incompatibilidades de mi protagonista y que —*mea culpa, mea culpa*—, y que además he gozado hasta el orgasmo en la tarea frenética de adjetivárselas.

Descomunal que esto fuese positivamente como se me mostraba. Pueril al mismo tiempo que lo aceptase yo de pronto como irrefutable. “Lee su diario y fuma su pipa...” ¿Bellán? No lo creería jamás, y menos les iría con la noticia a los camaradas. Esto que se me exhibía era un contraste increíble, en el blan-

co y negro de las malas fotografías. Bellán... ¿esto? ¿Bellán así? ¿Vida de bellaco la que se lleva en este delicioso refugio de Buen Orden al 800, entre estos muebles apaciguadores, a la vera de esta damita tan apreciable, tan apreciable, ante estas paredes inocentes y con el beneficio de toda esta bendita y fresca pulcritud, de toda esta armoniosa nitidez? ¿Esta eterna novia, esta poltrona, este diván-cama forrado con viva cretona, esta cómoda, esa consola, esa repisa, ese florero verde de Murano y aquel leer el diario y fumar en pipa que ella decía? ¿Con aquel regalado, y confortable, y benigno leer el diario y fumar en la pipa el Apple Snow de los ecuánimes?

DEBIÓ DE ADIVINAR algún desconcierto en mis ojos, pero no puso de manifiesto la menor turbación. Hasta fue juicioso su silencio de un largo instante... Luego declaró que le resultaba complicado encontrarse de manos a boca con un amigote del marido que era, sí, querido señor, como un propio camarada de ella misma, pero a quien hacía falta adicionar algunos retoques para conformarlo a la idea que, según datos, había llegado a forjarse a su respecto. “Retoques”, murmuró, y la sonrisa melancólica de esa cálida boca comenzó a fluir, a fluir.

—Con usted pasa como con esos novios desconocidos que se tienen por teléfono —fluyó y fluyó.

Ya, como esos novios. Pero, *¿que se tienen*, señora? Oh, no, ella quería decir: que tienen las chicas, las muchachitas. Por otra parte: ¿no me pasaba a mí lo mismo con relación a ella? ¿No? ¿De veras no mucho? Entonces era que el Coco hablaba poco y nada de ella con los amigos. ¿El Coco? En efecto, tampoco sabía yo, por lo visto, que Bellán era el Coco en la intimidad del hogar. Y quizá ni siquiera sabía cómo

se llamaba ella, la esposa del Coco. Tuve que confesar mi ignorancia y pareció que iba a echarse a llorar. Fue cruel haber llegado a una suerte de prueba definitiva en el sentido de que la condición de esta joven, en cuanto delicada costilla del bellaco, era ignorada en el Férguson. Intenté protestar, para conformarla:

—No es eso, no es eso. Se sabía que Bellán era casado y tuve, claro, una que otra caracterización fugitiva de lo que posiblemente era usted. De cómo debía de ser. Pero nada que se aproximase a la realidad verdadera.

—Me llamo Cora, ahora lo sabe.

—Escuche, la habría llamado Cora si se hubiera visto obligado a nombrarla de alguna manera.

—Pero nunca se vio obligado. No entiendo... Le repito que Coco habla siempre de ustedes. Cuenta cosas que pasan, algunas muy graciosas. Son buena gente y muy amigos. “Caracterización fugitiva...” ¿Qué quiso decir con eso?

—Lo que yo conjeturaba acerca de usted, el modo como la veía a ratos. No como era, sino cómo la adivinaba. De un modo o de otro, según.

Imposible confesar aquel horroroso pensamiento: que la mujer del bellaco pudo aceptar al bellaco como marido sólo con el objeto de frenar un porvenir embarazoso. Pero, si no para esquivar un futuro preñado de alguna dificultad ¿en razón de qué cualidad excepcional pudo resolverse a cohabitar con se-

mejante excedente humano? Pensaba en esto cuando le oí que llevaban dos años de casados y que se consideraba bastante feliz. Bastante. Se ingenió para hacerme saber que, a pesar de esa dudosa especie de felicidad, no tenían hijos y que ella por su parte era maestra de escuela.

—Ser maestra de escuela es un modo de rodearse de hijos sin necesidad de tenerlos. Es vulgar esto que le digo. Sin embargo es cierto. Casi todas las cosas ciertas son vulgares. También es vulgar, pero cierto, hacer de un marido un hijo, cuando no hay hijos como en este caso. Mi marido es un hijo para mí, todos los días, a cada rato, un hijo extraordinario, ni difícil ni fácil: solamente un hijo.

Era ella quien se confesaba. No obstante me clavaba los ojos indagadores como si el propósito velado de la confesión fuese el de hurgar en mi conciencia para sacar en limpio su propia verdad.

—Debe ser muy bueno sentirse hijo suyo de alguna manera, Cora. Pienso que no hay derecho a serlo tanto como Bellán, pero serlo aunque sólo sea nada más que un poco debe ser una bendición del cielo.

—Estoy segura de que debe ser así.

Era una serena seguridad la de esta mujercita. Convencía y convertía al interlocutor en cómplice de cualquier posible audacia pensada o quizá ya emprendida por ella. Lo abarcaba a uno, esta señora dulcísima, se apropiaba de uno y lo transformaba a uno en algo. Este fue el detalle que me hizo sentir

temeroso. Me encontré de pronto falto de sosiego en este silloncito de Bellán que sabía abrazar por la espalda y retenía y obligaba a soñar. Ya estaba en pleno desvío, en efecto; ahora mismo me alcanzaría Cora la pipa del consorte cargada de Apple Snow, y luego las chinelas que mostraban el rojo hocico debajo del diván, y en seguida, ya que estábamos, el *Diario del Plata* del día anterior donde informarnos, mejilla contra mejilla, acerca del succulento crimen de la calle Balcarce. Y visto que en este momento una espada de sol tajeaba la ventana y se proponía abrirme en canal, ella seguramente se comediría a correr la cortina de oscurecer para ahorrarme la agonía.

—Se está bien aquí... —exclamé con esfuerzo—. El Coco debe de sentirse muy dichoso en este rincón. Lamentable, como usted dice, Cora, que levanten un cine en el terreno de enfrente, porque de veras nos van a privar del panorama.

Porque de veras nos van a privar del panorama. Nos van a privar. Nos van. Me pareció que Cora seguía mirándome con ánimo interrogativo y que al mismo tiempo se martirizaba las manos. Luego tuve la impresión exacta de que salía de la habitación sin previo aviso.

ME PUSO NERVIOSO no saber a ciencia cierta qué pudo haberme dicho de positivo esta inesperada cónyuge de Coco Bellán. Constaba que por mi parte le había dado harto pocas respuestas atinadas. Sensación de haberme portado inconexamente y de un modo equívoco con la suave muchachita (insisto en su por lo menos aparente extremada juventud) de ojos azules, de gran sonrisa abierta de pómulo a pómulo, de pelo recogido con gracia en lo alto, y de palabra melodiosa.

Ocurría esto, creo: era su condición de maridada a un bellaco lo que se oponía a un entendimiento cabal con Cora. Fue como si la bellaquería del bellaco coexistiese con ella un poco a pesar de la momentánea ausencia del bellaco en sí, como si la circundase a ella no sé qué túnica bellaca impenetrable. De eso se trató: de la envoltura con que bellacamente protegía el bellaco la esencia de su pareja, reservándola así a toda ella para disfrute de su exclusiva bellaquez.

El esfuerzo de Cora Branca había subterráneamente consistido en invitarme a perforar los rema-

nentes de su dueño que constantemente la enmanaban y cotidianamente se desplazaban con ella.

Seguro que por poco no penetro en ella en avalancha cuando le dije que debía de ser muy bueno sentirse hijo suyo a la manera de Bellán. Fue cuando Cora Branca de Bellán contestó que, en efecto, debía de ser así nomás; y cuando luego empezó a descoyuntarse las falanges, porque una brecha de esa índole implica en mujeres tan delicadas como ella un dolor magnífico.

Me enterneció súbitamente el dolor de Cora; sentí el padecimiento de Cora en los riñones y en el epigastrio. Y al mismo tiempo que el intruso rayo de sol invadía ya mis ojos, y el piso y las paredes y parte del cielo raso, comencé a escuchar algo así como un cacareo de vajilla entrechocada en el interior de la casa.

Se me ocurrió que la preciosa muchacha estaría preparando el té o cosa así que se ofrece al caer la tarde en las casas ajustadas a una perfección. De ninguna manera me hubiese hecho feliz tomar el té o cosa así, con un par de bizcochos de anís y un medallón de mermelada; no se presentase el Coco en el instante preciso y nos viésemos precisados entonces a prolongar la entrevista interminablemente. (“Qué rico té, señora: parece chocolate...”) Mi presencia en Buen Orden al 800 no era visita de cumplido sino mero contacto para tratar un fugaz negocio. Nos habíamos puesto de acuerdo en que yo iría su casa (“Buen Orden al 800, entendido”), donde me presentaría a su famoso procurador (“Le hablo de Trespan-

do, no de Martens; Martens es un aceitero...” Nada más, suficiente. Pensé que Coco, es decir Bellán, es decir el bellaco, estaría presente a mi arribo a una hora que fue precisa. Ciertamente que el desgraciado no tuvo culpa si yo, según el inveterado imaginador que soy desde mi nacimiento, me dediqué a presagiarme la entrevista en un sucucho adecuado a la inicua calidad moral de la persona, y me dí en cambio de narices contra toda esta cretona multicolorida y con ese panorama de nubes de enfrente. Esto, en fin, estaba en cierto modo dispuesto a disculpárselo; no así la existencia formal de una mujercita fuera de toda ponderación.

Y Bellán no daba señales de vida; y continuaba el eco de porcelanas en las dependencias interiores; y el sol se me subía a las barbas con desparpajo contumaz. Se oyó un timbrado, y pensé que finalmente el bellaco se resolvía a llegar. Supongo que Cora atravesó un corredor interno, muy sensible bajo sus pies de hada, para lanzarse al encuentro del marido. No se trataba de Bellán. Cora hablaba con voz mortecina, y de alguna manera se había puesto a polemizar contra el vozarrón alto y exigente de algún proveedor. La disputa duró, la voz sumisa se entrecruzaba con la otra alta y descortés, y ninguna de las dos quería declararse vencida. Interminables réplicas y contrarréplicas. Por fin se cerró la puerta y el silencio quedó señalado en el pasillo sensibilísimo por los pasos de Cora de regreso a la cocina, donde era aguardada para su reanudación por el rumor de tazas entrecuchadas.

Caramba, sí, como estaba previsto, el rayo de sol empezó a acuchillarme los ojos. Fue un suplicio que me interiorizó. Empezó a quemarme la piel y la sangre porque a toda velocidad caía en la cuenta de que era solamente la pusilanimidad de mi alma en vías de abellacamiento lo que impedía moverme una pulgada del sitio donde Cora Bellán quiso colocarme con el reflexionado propósito de no dejarme quebrantar la arquitectura irrefutable de todo el resto, la armonía del conjunto, la linealidad y la simetría del todo, la invasora nitidez que presidía la vida en ese lugar que era un hogar.

Era sin vuelta de hoja como si por el hecho de ocupar el sillón del bellaco, fuese el bellaco mismo quien me aprisionara entre sus brazos de palo y me retuviese allí comprimido a pesar de la tortura que el rayo de sol me infligía con tenacidad o, quizás no a pesar sino precisamente, para que el innoble tormento tuviese conmigo la totalidad de su ocasión.

El sol ya me caldeaba no sólo los ojos, sino en instancia fatal esa circunvolución del cerebro apta para pensar exclusivamente en Bellán y en su primorosa consonante. Todo se hizo más lato a mi alrededor. Todo más gravoso. El trompicar de la vajilla se apagó por fin; o fue que apenas me llegó a partir de entonces como tamizado a través de mi espesa conciencia.

Una avanzante irritación en mi fuero interno; no contra nadie en forma determinada, ni debida a nadie en particular, sino al malhadado brete que me

aherrojaba en este sillón de un bellaco, y espiritualmente a todo lo demás que columbraba a mi alrededor: a las paredes que por momentos se estrechaban contra mi pecho y por momentos parecían alejadas hasta darme la impresión de haber sido colocado yo, con poltrona de bellaco y todo, en el centro de una plaza pública; a esa alfombra donde posaba las suelas de mis zapatos y que estaba hecha (lo había notado cuando podía jactarme aún de conservar intacta la facultad de percibir minucias...) de telas diversas entreveradas con maña, excelente labor casera de Cora Branca de Bellán.

Se me ocurrió entonces la idea que me hizo latir en forma desacompasada el corazón: esta soledad a la que fui relegado, esta punzada persistente de un sol cómplice hasta la saciedad... todo esto en fin ¿no sería una fea añagaza, un torpe, necio, desenfadado y sucio juego del bellaco? Añagaza o juego sucio y necio en este sentido: la demora tendría por sutil objeto hacerme sentir en carne propia un valor personal, una valencia que todos estábamos de acuerdo en negarle, los del Féruson. Gente hay que se presenta con mora a las citas con el fin de dejarse pensar durante todo el tiempo de la espera...

Entonces: ¿si el bellaco hubiese tenido ese desatinado propósito? De tal suerte un servidor se habría convertido en el engranaje vulgar de su jugarreta de bellaco. Dios mío. En ese caso ¿también estaba en connivencia con él la mujercita, afiligranada y azul? Y del mismo modo, ¿confabulado con un desdoroso

bellaco, el rayo de sol que rabiosamente enceguecía y situaba distantes del cuerpo los propios sentidos?

Solamente se me abría en el cerebro un diminuto agujero por donde se colaban pensamientos subrepticios, vibrátiles como lombrices.

Luego, casi en seguida, todo empezó a terminar. Escuché, con toda la ansiedad de mis cinco sentidos alejados, que Cora Bellán, la azul, la grácil, la afa-ble, la amable, regresaba gloriosamente para mí.

CORA BELLÁN regresaba y depositaba sus lindas manos en mis hombros con su espontánea delicadeza. (No las depositó; me pareció a mí que el sueño era como para que las depositase; yo soñaba, creo, y por tal razón las cosas debían de ser un poco menos decentes.) “Pero ¿no le molesta el sol?” —escuché. “Qué esperanza —me escuché a mi vez—. El sol es mi elemento...” Algo acerca de su extrañeza ante la demora de Bellán hablaba Cora. Quién sabe qué otras cosas habló emboscadamente. Su melodía se filtraba hasta mí susurrante y me humedecía. No sé cuánto tiempo pudo pasar hasta que le oí: “¿No se sirve, señor? ¿Acaso no le agrada?”

Ya había corrido la cortina de oscurecer y se me enfriaba la frente y todo se deslizaba con velas hinchadas al estado normal: las paredes a la justa distancia, la alfombra otra vez alfombra y no explanada de plaza pública; se alejaba al trote el temor de que Bellán hubiese organizado todo esto con un objetivo preciso; mis sentidos dispersos se reintegraban; el cuerpo se me desenceguecía; todo se replegaba al pliegue de lo cotidiano.

—¿No le agrada acaso? —insistió; y era que ella estaba delante de mí con una rica bandeja de peltre labrado; y en la bandeja un cubilete de terracota que contenía un líquido oleoso; y por encima de la actitud ofertante, las perturbadoras pupilas celestísimas.

—Son muy hermosos.

Me refería a los ojos de Cora. No quiso advertir el elogio y puso el vasito a mi alcance. Bebí. No era un líquido con una cualidad sino una abstracción. No un brebaje dulce, quiero decir, sino la dulzura, el empalagamiento en su expresión lograda. Tuve que chasquear la lengua contra el paladar y manifestarle que era famoso al cabo, cuando conseguí articular sin grumos un par de palabras.

—Es un licor familiar —explicó—, nos pasamos la receta de madres a hijas durante generaciones. Lo llaman *Agua de Grietas*. ¿Qué dijo recién que son hermosos?

Preguntó esto último de sopetón. Ni la menor posibilidad de escapar por la tangente. Dios mío. “Sus ojos”, confesé con un soplo. “¿Mis ojos?”, se hizo de las nuevas desconcertada, con una trágica arruga repentinamente vertical entre ceja y ceja. Le dije, le dije que jamás había pensado encontrar a una mujer con ojos tan deslumbrantes. “Son azules y bañan de azul...” —escandí entre poético y sentimental. No, no se trataba de un piropo al uso. Mientras fui dejado solo aquí encontré que todo lo pensaba azul. Y era que la había mirado a ella. Mejor dicho, se de-

bía eso a que ella había devastado mi alma de toda otra gama de colores por el solo hecho de mirarme.

—Usted es amigo de Coco, sin embargo —se entristeció.

—Se equivoca. Coco no tiene amigos ni en el Féruson ni en ninguna otra parte del mundo —(Una pausa, una expectativa, y una insistencia cruel de mi parte)—. Coco no tiene por qué existir si es cierto que existe usted.

—No debería decir eso, claro, no debería.

Ya lo tenía todo dicho, bah; y ella estaba ya invadida por esa melancolía que se le advirtió en la frente, en la nariz, en los labios a pesar de la sonrisa; y yo me sentía embaldado; y mi gruesa conciencia no me importunaba; y pude decir lo dicho y quedarme tan pancho terminando de paladear la poción de las grietas.

—Debería irse, usted —gimió.

—¿Sin esperar al bellaco?

—¿A quién?

—¡Salve! ¡Salve! —me agité para simular que acaso el sol me había un tanto enloquecido.

Tembló entre sus dedos la bandejita de peltre. Cora se estremeció, y en seguida trató de encontrar una fórmula para de algún modo anular lo conversado. Su boca dolorida desandó lo andado y trató de volver a sonreír. “Por piedad —fue como si dijese—, era tan bueno lo que sucedía... No se debe entorpe-

cer las cosas buenas. Sea generoso, por favor. Tengamos la fiesta en paz”.

—Dígame si por lo menos le gusta el licor —susurró atribulada; dejó a un lado la bandeja y se restregó las manos.

—Lo que digo es que me gustan sus ojos —yo estaba embaldado—; porque son azules y porque bañan de azul.

—Cállese, por el amor de Dios.

—Hay que hacerle saber esto a una mujer, sobre todo cuando el marido de esta mujer (“Oh, cállese”, vibró.) cuando el marido de esta mujer es un acabado... (“Cállese, le digo”.) Un acabado truhán, un perjurio, un pérfido y un alevoso.

—¿Por qué habla así? ¿Le parece amistoso eso, y que yo deba soportarlo, señor? Debería irse, le dije antes. Se lo repito. Debería.

Quizá esta azul muchacha conocía acerca de Cocco más pormenores de los que un servidor intentaba comunicarle. Era una imagen seductora, Cora. Me echaba, pero yo me sentía obligado a la desobediencia.

—Le gusta decir cosas insensatas, a usted —terminó por decir, completamente desalentada: y recogió de mis dedos el vasito que yo estaba por dejar en el brazal de mi sillón de Bellán, lo puso tembloroso en la bandeja y se marchó otra vez, esta vez con los ojos cerrados.

Quedé con la mirada fija en la alfombra hasta que llegó el bellaco. No pude pensar otra cosa sino que desventuradamente mi Cora era la Cora de Bellán. Sé que durante el tiempo transcurrido hasta el arribo del pésimo sujeto mi entereza inicial derivó hacia un lento abismo. Estaba solo de pies a cabeza. No llegaban rumores de platillos entrechocados, ni pasos de hada en el corredor ni timbrazos insolentes. Estaba solo y me abismaba en una ciénaga cuya napa menos profunda era como un vergonzoso lodo que le empaña a uno el mero hecho de existir. Cuando se presentó el bellaco yo seguía allí, inmóvil, estupidizado, dedicado a mirar una gota de *Licor de Grietas* achatada en la alfombra, y también de pies a cabeza avergonzado.

BELLÁN NO TUVO motivos para entender las razones de mi actitud sumisa frente a él. Sonrió con timidez, como si buscase disimular su tardanza. Y yo sonreí a la par, servilmente, porque encontraba en su apocamiento un eco del mío. Se había pasado horas a la pesca de su cuñado Trespando sin dar con él. “No es nada, Bellán, no se preocupe.” Mis palabras resonaban sin tono y, cosa curiosa, la voz del sujeto al 800 de Buen Orden no resultaba agresiva, no lesionaba, se trocaba en voz al uso, sin reminiscencias del graznido impotable de que hacía gala en el Férguson, donde lo derramaba sobre el habla de los demás hasta producir aquella horrisona heterodina. Le dije que me agradaba su casa y se mostró agradecido. También le dije que me gustaba su mujer, y se alegró porque el mío era un modo cordial de apreciar las cosas. Luego le puse una mano en el hombro:

—Escuche, Coco... ¿Por qué la engaña? A Cora. No debería engañarla. Se sabe que usted es una especie de Don Juan. En vista de una mujer como la suya, lo justo, lo honorable, es dejar de serlo.

Bajó la cabeza conmovido, dijo que yo tenía razón sobrada, pero que consideraba llegado el momento de hacerme una sincera confesión.

—Escuche una cosa —tembló al confesarse—. Pasa que yo, aquí donde me ve, no soy nada un Don Juan...

Fue un intento de justificarse, el suyo, tal vez. Quizá lo lastimase cierto reconcomio por tanto mal como pensábamos de él en las tenidas del Férguson. Vibró, Bellán, y su emoción aceleró la mía hasta hacerme brotar del alma remordimientos por aquella carnalidad (vía ojos azules elogiabiles) entre indigna y necia que le había insinuado a la dulce Cora Branca. Oh, sí, también por lo contribuido a lo largo del tiempo en el sufrimiento probable de este Coco que sí, que sería nomás un formal bellaco, pero que atendido en su propia salsa, ante esta ventana, este sillón, esta alfombra, esta cortina de oscurecer, se me presentaba dueño de una particular existencia, protagonista de un afecto humano otorgado, o sin ir más lejos, solamente recibido, pero afecto, vida realizada, sistema de existir concreto y oculto a la visual del resto de los mortales, sumamente pudoroso.

—No debería hacer infeliz a su mujer, Coco —repetí, y dejé caer mi amistosa mano en su antebrazo.

Me miró con ojos agudos. También los de él, aquí, se hacían un poco azulencos; se los hubiera supuesto inoculados de añil; no emitían azulez propia según saltaba a la vista, pero se observaba alguna contaminación celestial en las niñas del bellaco, por

lo menos ahora, cuando la indagación de su persona comenzaba a ser fichada de acuerdo con ilustraciones inadvertibles el día anterior.

—No debería engañarla ni dejar que los demás sospechen un engaño que, como acaba de confesar, en realidad no existe. Bellán: lo que solamente parece ser puede ser tan cierto como lo que realmente es, en algunas ocasiones. Acabo de estar con su señora y le puedo asegurar que ella es un resto precioso de lo que todavía sobrevive de santo, de inocente y de encantador en este cochino mundo. Le hablo en serio, con la mano en el pecho. Usted tiene una mujer increíble, es cierto, pero por lo menos créala usted, Bellán.

—Sí, sí, se trata de eso —reflexionó compungido.

—Nada más que de eso, Coco. Cora es algo de sustancia amable, acabo de verificarlo. Cuide a Cora. O mejor, cuídese usted con respecto a Cora. Es todo lo que tiene que hacer en la vida, Bellán. Hágalo con gusto y provecho, como se cumple una misión sagrada.

—Sí, sí —siguió reflexionando a tambor batiente.

—Además... debería dedicarse a algo positivo también. A algo positivo en sentido material.

—No entiendo —levantó la cabeza.

—Debería dedicarse a algo que lo obligue a estar ausente.

—¿De mi casa?

—Del Férguson.

—Ya. Molesto en el Férguson...

Me miré las manos. Tenía los dedos azulados del mismo azul que desde la cocina me enviaba Cora Branca por conducto de Coco. Y era que Coco, para no mirarme directamente, se había dedicado a contarme las falanges para ver si me faltaba alguna. Le aferré ambos antebrazos y un poco lo zamarreé con suprema amistad:

—¿No le estaré hablando a un bloque de cemento, Bellán?

—Qué esperanza, lo entiendo todo.

—Entonces, ¿por qué no obra en consecuencia?

Repitió que lo entendía todo, y algo aludió a que llevaba consigo su desgracia. Pensé que estaba por aludir a su voz impotable, pero no, ignoraba, no tenía la menor idea de cuanto ocurría en el ánimo de sus sacrificados contertulios del Férguson con motivo de las estridencias surgidas de esa garganta inagotable.

—Mi desgracia consiste en caer torcido en todas partes —explicó—. Lucho contra eso ¿verdad? Trato de ser afectuoso y agradable. Me hago el problema por lo menos. Ahora, al no conseguir que nadie sea afectuoso y agradable conmigo, comprendo que ésta es una desgracia que me va a durar toda la vida porque mi problema no tiene solución. Es una ecuación con un signo equivocado desde el principio. Entonces ni Houdini podría resolverla. Nadie podría. Es bestial, pero es así, pese a todo, *malheureusement*.

Dije que me sentía conmovido. A partir de esa confesión lo estuve aún más, a pesar del *malheur* que soliviantaba. Así y todo me entraron ganas de abrazar a Bellán y de jurarle que yo sería, yo, el amigo de toda su vida.

—Comprendo todo... —murmuraba y era evidente que hacía enormes esfuerzos para no soltar el trapo.

Estaba azul, Bellán. Todo él azul, ahora. Y perfumado del delicado aliento de mi Cora. Lo abracé nomás, me di el gustazo, le acaricié las espaldas y lo estreché contra mi corazón. En mi noble pecho percibía la congoja del suyo. Qué primo hermano, qué hermano de leche fui del marido de mi Cora en ese supremo instante.

—Bellán —lo nombré—, Bellán...

Mi alma clamó: “Cora (la nombraba), mi Cora...” En ese momento comprobé algo más que me desquició del todo las entrañas: Bellán, al entrar, traía consigo el ramito de alhelíes que ahora descansaba en el plano del diván, confundido con la cretona florida.

—¿Son para ella, Coco?

Luego de recorrer la dirección de mi mirada advirtió que me refería al ramillete.

—Claro —meneó la cabeza afirmativamente—, siempre le traigo flores de la estación. Le gustan mucho. A los dos nos gusta entendernos así, con flores.

AH, NO SÉ. No consigo explicarme todavía qué clase de sutil profundo misterio me mantuvo en vilo aquella tarde en Buen Orden al 800: quizá el sol en los ojos, tal vez el urgente deseo de hacerme perdonar la alusión fuera de lugar, pecaminosa, con relación a Cora; posiblemente me dejé invadir por el hálito sereno que presidía las formas, los colores, el sentido íntimo y confortante asentado en cada minucia por las cuales esa casa expresaba en forma total su alto copete doméstico.

No consigo aclararme todavía el secreto de mi enternecida actitud con respecto a Bellán, que era un bellaco, que había sido siempre un bellaco y que por la gracia de Dios seguiría siendo por años el más inmarcesible bellaco de toda la tierra. Me inclino a conjeturar que mi actitud se vio provocada por la levedad de gorrión cerúleo de esa mujercita Cora, y por su agasajo sencillo, y por su sol, y por su licor. Levedad, agasajo, sol y licor, me tergiversaron. Durante la conversación con Bellán la imagen de mi Cora etérea anduvo en mí como una música de piano en la oscuridad.

Asombroso en buena medida que un servidor pudiese estar enamorado ya de la mujer de Bellán. Flechazos así, súbitos, suceden, pero no debió de suceder en este caso particular, puesto que así como ella le remitía a él parte de su azul prodigioso, él debía por su parte pervertirla a ella a los influjos de su infecciosidad extensiva.

Incomprensible entonces que de un modo tan repentino me hubiese hecho a la idea de ocupar el sitio de Bellán, la de haberme convertido en amantísima media naranja de la mujer prodigio, la de ser un servidor quien llegase al hogar con un manojo de alhelíes para apoltronarse luego (yo servidor, pero dueño y señor...) en el silloncete de rígidos brazares y permitirle a mi Cora el cotidiano gesto sumiso de acercarle la pipa, el de brindarle el *Diario del Plata* o la *Última Hora* y el de calzarle si mal no viene las chancletas encarnadas.

Sin embargo *My sin is I love you...* tecleaba Lázaro Bill (un pianista que tuvimos en el Féruson) en las tardes plácidas. Sin discusión, ese es mi pecado, Cora, intempestiva e irremisiblemente; y si me dejé cometer aquel desafuero verbal (aquello que la obligó a gemir “Debería irse, usted”) con esta dilecta que ahora estaría llorando en la cocina y enjugándose las sabrosas lágrimas con un delantal a cuadros, ello se debió nomás a que me sentí de pronto tan desposeído y solitario, tan sin Cora y despojado, en tanto lo tenía todo de sobra y tan arraigadamente él, que era desde todo punto de vista un medular bellaco.

Ahora bien, puestas las cosas en rigor: ¿no era yo también bellaco hasta la médula como consecuencia de la actitud asumida ante ella? Mi ostentosa admiración de todo ese azul de cielo y primavera que emanaba de la muchacha fue, por lo repentina y descortés, una bellaquería de marca. Esto fue lo que por fuerza tuve que meditar con la alfombra casera por testigo durante el tiempo transcurrido a partir de la fuga de la adorable Cora hasta el arribo de Bellán. Desconcertado yo, en ese instante, igual que ella antes, cuando mi extralimitación. Alarma de que si ella llegaba a reaparecer yo —miserable y bellaco yo— volvería a empezar; le daría a entender cosas malsanas, la miraría de determinada oblicua manera, trataría de hacerle hasta el final un puerco, deshonestísimo juego.

Arbitrario expediente el de culpar al rayo de sol que me encegueció los sentidos y detuvo, a la vez que la circulación de la sangre, también el flujo de las ideas pundonorosas. Se trató de algo ancestral y violento, de algún signo atávico manifestado de adentro hacia afuera y en dirección a la encomiable muchacha, de un maligno malpensar y malsentir y maldesear que se extrañó de mí porque yo lo contenía latente y destinado a desentrañarse a la menor provocación. Qué vergüenza, Dios mío, qué venirse uno abajo y darse cuenta de que hasta el presente se ha vivido sólo una bochornosa farsa de honestidad y decencia. Qué otra cara, además de mi cara, podía yo exhibir en adelante.

Fue con este sentimiento de pudor por lo que era yo debajo de la piel, y de arrepentimiento también por cuanto pude haber contribuido a zaherir en el Féruson a este hombre Bellán, que hablé con él como queda dicho, con la mano sobre el corazón desolado y los ojos puestos en el contagio azulenco de su persona. Él azul, y yo también un poco, por lo menos en las uñas, como quien está próximo al *crepacuore*. Esto debía arreglar, así fuese en parte, las cosas, quizá porque tuve mi contrición azulada, color cielo azul de Cora, rememoración e imagen de la azulidad de Cora.

Arrepiéntete, pecador... De este género de reconsideraciones puede nacer una aproximación de la santidad. Me atrevo a decir que esa hora de la calle Buen Orden al 800 fue una de las más intensamente vividas de mi total existencia. Me vi entero y vi cabales muchas de las circunstancias de mi entorno. Bellán bajo un nuevo aspecto; Dana, Lema, Manso, Severo y el Duque Pablo bajo un nuevo aspecto; yo mismo a la lumbre de ese novísimo aspecto desolador. Y hombre..., ya que estas páginas quieren ser crónicas de tiempos y gentes remotos, que a la vez se convierten en registro de mis vergonzantes traumatismos personales.

Advierto empero que las presentes memorias han sobrevivido de mal grado, y que importa un verdadero *tourdeforce* retraerlas aquí de modo tal que más o menos respondan a lo de verdad ocurrido. No se me escapan los remanentes oscuros, las confusio-

nes que se muestran en el relato como posibles tergiversaciones.

No escondido nada —quiero prevenir—, tergiversada ninguna cosa. Solamente, en todo caso, inhabilidad para departir con los amigos acerca de aquellas escenas. Porque pasa esto, declaro: todo lo que sucedió más tarde tiende a cancelar las impresiones deslabazadas de aquel atardecer coral.

Cuando empecé la exposición no me di cuenta de que iba necesariamente a desembocar en lo autobiográfico; pero de pronto estuve de cabo a rabo en el conflicto personal porque ingenuamente me dejé arrastrar por la congoja sentimental que me invadía el organismo.

Y entonces, una vez violentado y puesto de pie en el tembladeral de los sentimientos lógicos e ilógicos, debí forzosamente sostener lo que en mi fuero interno quedaba como resabio de una lejana verdad, verificable o no, pero legítima por lo menos en cuanto a las seguridades que me doy a mí mismo con relación a lo acontecido.

¿Quién será capaz de contradecir lo que sucedió a la sazón en el interior de la bestia?

Señores: he dicho las cosas tal como pensé que eran. No trato de engañar a nadie, y menos busco burlarme de mis propios sentimientos en esta sublime hora de las reminiscencias.

CIERTO, INDESMONTABLE que mis reiterados contactos con el personaje tuvieron altos y bajos en el curso de los diversos enfrentamientos. Bajos muy rastroeros, como ya se narró, y altos relativos tal como se cuenta ahora. Este que apunto es el altor máximo logrado por nuestra relación y, con todo, habrá de verse sobre cuáles sumamente equivocadas bases se manifestó todo el argumento.

Aprendí y llegué a saber a Bellán en forma determinada, en el Férguson, y lo entendí como los demás camaradas pudieron entenderlo. Era desde varios ángulos una excrecencia, una errata de la ciudadanía y entonces, por lo menos en cuanto a errata, a falla, a adulteración, a ilegitimidad, hacía falta manejarlo con pinzas. Luego en su casa tuvo ocasión lo que dejo expresado: conocí a su compañera, vi y toqué sus muebles, respiré su aire, me consustancié con su esfera personal desde los brazales del sillón donde descansaba de los tormentos del mundo, intuí su modalidad diferente... hasta que se me deschavó como individuo conformado según algún aspecto no totalmente esclarecido.

En eso estamos, en el actual intento de trazar las diferencias que distanciaban al segundo Bellán del primer Bellán bellaco, pintado por lo menudo en las primeras hojas del memorial. Entonces, si hay sentimientos advenedizos que me son propios, inmiscuidos en la trama, ruego sean descartados en la medida en que no contribuyen a decantar la pureza de la narración.

Declaró el Coco que siempre le llevaba flores a su consorte porque a ambos les gustaban mucho, y porque las flores constituían un hábito que les facilitaba el entendimiento...; y yo, frente a él, me hallaba en pleno intento mental de trocar a este hombre en la cosa accesible que llegaría a ser a poco que revirase hacia lo externo la argamasa de que estaba compuesto en su propio domicilio.

Ahora bien, no se le podía reprochar: “¿Por qué usa siempre chalecos de fantasía, y deja caer el sombrero sobre los ojos, y permite que se le vea la liga cada vez que se le sube el pantalón al sentarse; y por qué anda detrás de cuanta mostacilla se le pone a tiro, y mastica escarbadiantes, y hace flamear pañuelos delatores, y se suena la napia con todo ese infernal estrépito...?” Tampoco podía enumerarle una a una las razones por las cuales su sola presencia en el Féruson resultaba de un efecto urticante. Y demás, y demás.

—Bellán, usted no puede pretender que la gente esté siempre inmunizada contra usted —tuve que expresarle cordialmente en cambio.

—Me está diciendo que soy un virus, ¿no es cierto? ¡Qué vaina!

Jamás ningún perro sarnoso miró con la lastimosa mirada de Bellán en ese minuto de su vida. La certidumbre de que era un microbio maligno lo poseyó de arriba abajo en esa fracción de instante, y sus lineamientos siempre detestables dibujaron toda la aflicción posible. Sufrió, puedo afirmarlo. Y estoy en condiciones de asegurar también que la violenta conmoción que le recorrió el vacío pudo ser nomás una de esas calenturas por las que la naturaleza pone fin a una infección causada por morbos aún más retobados que los que pululaban en la linfa de este repudiable adulterador a dos puntas.

—Comprendo —musitó.

Sufría, repito. Y su sufrimiento era simpático. Se lo veía asimilar el consejo y modificarse a ojos vista. Daba todo él la sensación de que en adelante la gradación de su potabilidad mejoraría en forma paulatina. Me sentí alegre. Tuve la impresión de que sin más podía retirarme de esa casa en la que, si bien dejaba maltrecha alguna decencia personal, por otra parte había contribuido a reconstruir un nuevo e inesperado *modus vivendi* entre un hombre y su exterioridad. Algo perteneciente a Cora (no ya el azul, sino la condición impervertible) se transferiría a Bellán; y yo era el transferidor, el transfusor afortunado. Lindo destino, después de todo, para esta tarde de comienzos de un verano, junto a una ventana de la calle Buen Orden y ante el agrisado cielo por enorme testigo.

—Si todos hablasen como habla usted —reconoció mi amigo— la vida de los hombres sería mucho más.

—¿Mucho más qué?

—No sé. Mucho más... un poco de todo.

Comprendí su laborío íntimo y le tendí la mano; le estreché los fideos con fuerza mientras me adelantaba hacia el corredor que ponía en la puerta de calle. Apareció Cora.

—El señor se va —anuncio Bellán.

Cora apretaba entre los dedos el florero de Murano colmado de agua (“Ah...”, exclamó ante el anuncio), en el cual iba a conservar los alhelíes del cotidiano homenaje. Esperé oírle: “Supongo que volveremos a tenerlo por aquí...” No dijo nada. No me miraba, no sonreía. Padecía también ella un padecimiento de tonos delicados. Me entregó por fin la mano húmeda ante una indicación tácita y expectante del bellaco. Le hice en la muñeca una señal masónica. “¡Ah!”, volvió a exclamar, esta vez como si la hubiese picado un ciempiés.

El parquet del corredor chilló su despedida bajo mis pies y los de Coco. (Cora quedó allá atrás; fue a buscar las flores, las puso en el florero verde; se negaba a pensar en mí, se me desazulaba...) En una repisa vi de reojo un pote de Apple Snow, tres novelas de tapa amarilla (Colette-Willy); además un tratado de jardinería y —*amis comm'avant y malheureusement*— un *Petit Larousse Illustré* del tiempo de Ñaupá.

Abracé al recobrado Coco en la puerta de calle.

UNA VEZ MÁS suplico que no se considere mi actitud personal dentro de aquella casa. Según entiendo hay que mirar solamente a que era posible aguardar un cambio en Bellán. Hacía falta esperar que cuando volviese Bellán al Féruson (a mi juicio la pauta de su transformación la daría su no vuelta, su estar-se quietecito en Buen Orden amando a mi Cora...) lo hiciese en posesión de una individualidad flamante, capaz de afrontar el juicio de los demás si no de un modo reconocible como de caballero, al menos como de quien se esfuerza por serlo y que Dios mediante conseguirá alguna vez su objetivo. Yo estaba seguro de que, limadas las rebabas iniciales y los resquemores que se opondrían al paso, todo se andaría con respecto a Bellán, y de que ese buen andar sería la obra cumbre de ese período de mi vida.

Pero no. No bien reintegrado al Féruson —y esto ocurrió a la semana— vi que Bellán seguía siendo el imperecedero Bellán, el apenas calificable Bellán, el engorroso, el lapidable Bellán, el descomedido, el inverecundo, el procaz, el cínico y desahogado sujeto

sin más valor que el cero de un anillo, aunque vociferante como los seis del millón. Habló con su voz de gargarismo, se nos enchufó cuando su proximidad no podía sino resultar lesiva, trampeó sin habilidad en el juego, se jactó de tener citas femeninas superpuestas para las cinco de la tarde del martes siguiente, e intentó birlarle al patrón cuarenta pesos. Hizo más: llevó su avilantez a palmearme el hombro con aire e insolencia de perdonavidas.

Ni la menor alusión a mi visita a su casa. Era como si la confidencia de alma a alma se hubiese eclipsado de su mente. Pude suponer nada más que soñado aquel intercambio de sentimientos puros, y que no existía ni refugio pulcro ni mujer bonita ni Bellán diferente entre los muros de la morada del bellaco. Exasperaba verlo tan infeliz, y me enfermaba sentirme yo mismo defraudado. O bien él era de una inteligencia maniática o era yo un débil proclive a dejarse coaccionar por una coloración meramente imaginada. Éste fue el origen de mi odio renaciente.

Porque en un comienzo pude sólo vilipendiar a este hombre incongruente, pude pensar en él como en un inaceptable atolondrado y hacerme eco por ello de la irritada animadversión con que se lo destrataba. Ahora en cambio me sentía yo, y no Ernesto Lema, dispuesto a acogotarlo y a ponerlo en la puerta del Férguson por insufrible, ahora me hubiera hecho cargo yo de la rebelión furibunda de Severo, hombre de paz; pero no golpearía la mesa con el puño de modo que saltasen para arriba los porotos del

tanteo, para dejarlo luego en libertad y tratar de diluir mi bronca mediante dos rabiosos tragos tomados en el mostrador; no, de resolverme yo al puñetazo, lo descargaría sobre el marote del bellaco hasta dejárselo hundido entre los omóplatos, así hubiese que aguantar luego su mirada a través de los ojales del chaleco; de tener que saltar algo para arriba, no serían los naipes ni los vasos sino las partículas de su cerebro en descomposición para que nos brindasen en pleno Féruson un ramalazo de podridos fuegos artificiales.

¿Cómo que no, si me sentía tan, tan defraudado? ¿Para qué consintió en que hablase yo en su casa como me había dejado hablar, y para qué me dejó irles a los muchachos con el cuento de que tal vez, a lo mejor, quien te dice que no, en el bellaco se iniciaba un proceso de recuperación? Me engañó como a un chorlito, el infeliz.

No me dirigió ni una ínfima mirada de entendimiento. Se cuidó muy bien por lo menos de guiñarme así nomás un ojo para darme a entender —por lo menos— que estaba en lo conversado: “¿Ve —pudo tratar de indicarme con un soslayado fulgor de los ojos—, se da cuenta de que estoy librando una batalla contra mi reconocida infecciosidad?” Nada. Al contrario. Se había agenciado en no sé qué mesa ajena una corteza de pan y la roía con avidez de oligofrénico mientras con la mirada no más —irónica, estupefacta, mordaz— le enderezaba el juego a Máximo Dana, el cual por otra parte implacablemente lo

ignoraba. “Babea una sola palabra con esa boca y lo asesino” —me prometí.

Expelió la palabra y no lo asesiné. “Así no se va a ninguna parte...”, susurró en el oído de Dana. Quiso poner en evidencia que él, Bellán, en el lugar de Dana, habría fallado de manera más eficaz y que con seguridad habría hecho suya la baza. No me explico por qué Máximo necesitó desentenderse. Lema me miró, y yo reenvié la mirada de Lema a Manso, que también era de la partida. Pareció que los amigos se encogían de hombros porque estaban resignados; y además porque no iban a interrumpir una mano de tanto interés por simpleza más o menos en labios de un bellaco.

Anuncié previamente que alguien intentó eliminar del mundo de los vivos a este inmedicable cretino. Ahora voy a insistir en ello, y puedo asegurar con la mano en los Sagrados Evangelios que si bien nadie en el Féruson tramó ni llevó a cabo la hazaña, toda la aventura se dio como si un hado desconocido, benefactor de nuestro reducto, hubiese puesto su vengativa garra sobre el bellaco con el propósito superior de aniquilárnoslo.

Pienso todavía que Bellán en alguna otra parte de la ciudad fue tan inmundo, desenfrenado o incontinente como entre nosotros, y que ese otro sector ciudadano era frecuentado por gente menos aprensiva que nosotros en el sentido de propinar un inmejorable susto, aunque para ello fuera necesario dejar correr cierta cantidad de sangre. A menos que el be-

llaco se hubiese puesto a codiciar a una mujer mejor guardada que otras, y entonces el cancerbero desbocado llevó a cabo la admirable trama si no para hacerlo papilla, para solamente eliminarle algo así como litro y medio de la mala savia que contenían sus venas, cosa de quitarlo de en medio y no dejarle ganas de andarse otra vez manoseando virtudes bien defendidas.

La peripecia —tal como ocurrió— fue conocida poco a poco y por dispares conductos. Sé que Bellán dejó de mostrarse en el Féruson y que nuestro trompa se encargó de meter la nariz curiosa donde se lo permitieron y donde no, con el objeto de aportar noticias que fueron pasmosas, como verbigracia la primera, cuando informó que el depravado Bellán había sido internado en el San Roque y que el doctor Fitipaldi, cirujano acreditado, le extrajo de entre carne y carne, y aun de algunos órganos profundos, tanta cantidad de plomo como para fundir media docena de granaderos a caballo.

Cómo se produjo el acontecimiento fue sabido después. Supimos con la primera tanda de noticias que, transcurrido el tiempo prudencial, Bellán estaba restablecido y que, quizá (esto es importante), y que quizá había vuelto a las andadas porque acababa de ser alojado por segunda vez en la Sala 3 del San Roque para que, por segunda vez, el infatigable Fitipaldi procediese a extraer plomo de ese cuerpo a lo mejor ya habituado a tal índole de exageraciones.

Se nos hizo un poco cuento todo esto que pareció escamoteado a un cuento publicado en *Sur* por Vic-

toria Ocampo. El resultado de la duplicada eventualidad se hizo cómico (dicen que el cirujano Fitipaldi —y Arespacochaga, que lo ayudó en la emergencia— rieron a rajacinchá cuando desembarcó de la ambulancia el cuerpo de Bellán cargado con el habitual lastre de plomo), si bien encerraba una moraleja terrible capaz de amedrentar al mejor pintado. Ninguno de nosotros teníamos la fantasía adecuada al caso, sin embargo.

VOY A NARRAR a vuelo de pájaro y en la medida de mis aptitudes lo que sucedió realmente. Irrealmente, se puede decir. Con todo, tengo infinidad de motivos para juzgar que el patrón del Férguson averiguó bastante bien lo averiguable, además de ser cristiano inexperto para planear tramoya alguna sólo para darse el lujo de difundir una mera extravagancia.

La rareza de la aventura no consistió únicamente en su reiteración (circunstancia que le infunde ese toque festivo insustituible), sino antes bien en el proceso sigiloso con que fue llevada a su nítida ejecución. Debió de ser imaginada por un ingenio agudo que contó a su favor con algún factor psicológico que nosotros, la gente del Férguson, desconocíamos en Bellán, factor que pudo convertirlo por dos veces sucesivas en víctima recalcitrante de una misma liga colocada ahí para hacer de él el único zoquete del mundo indicado para dejarse sorprender.

Este factor psicológico, juzgo, fue la curiosidad. Mezquina cosa: algo sedujo al bellaco, algo ignoto (una mujer, una brazada de oro y diamantes...) en-

calabrinó al bellaco y lo persuadió a dar el paso que por lo general no se da sino con reluctancia: visitar una casa ajena sin saber ni por qué ni para qué ha sido uno atraído a la casa ajena. Y hay también otro punto que encierra determinada gravedad, punto que el desdichado no tomó en consideración, lo cual provoca y motiva el resto del lance: la perfecta identificación del invitante.

Con todo, si bien no se sabe qué relumbrón encandiló al bellaco, se conjeturan en cambio las circunstancias concomitantes. Algo de supremo interés fue expuesto ante Bellán, o se lo adobó de tal sabia manera que la curiosidad del sujeto despertó con vigor inatajable.

Y ahora voy a puntualizar los hechos de acuerdo con los datos obtenidos por el dueño del Férguson:

1º Bellán tiene oportunidad de entrar en relación con el señor *Equis* (de un modo o de otro hay que nombrar al ignoto.) Este tal señor *Equis*, según intuimos, no es el vengador sino el brazo ejecutor de la venganza. El motivo de la represalia queda ignorado por nosotros. De momento sólo hace al caso la existencia de *Equis* y su entrada en materia.

2º *Equis* resulta persuasivo. Hace rebrillar alguna cosa ante la curiosidad de Bellán. Puede ser, como queda dicho, una dama atractiva, un negocio que requiera cierta ocultación o incluso un tesoro miliunanochesco, siempre que deba ser desoterrado en el lugar que indica la pericia de *Equis*.

3º Bellán, que a más de curioso parece un frívolo, acepta la propuesta de *Equis* y acude. ¿Adónde acude? Se sabe que está de por medio un zaquizamí situado en el Dock Sur. Concretamente: nuestro Bellán bellaco se presenta tarambana y veleidoso en ese habitáculo del Dock Sur acompañado de un desconocido, el cual tal vez le anuncia algo importante de ver, de oír o de realizar.

4º *Equis* hace entrar a Bellán bellaco. No se vale de precauciones extraordinarias porque ha elegido una noche tenebrosa, y la casa del Dock Sur goza de un relativo aislamiento favorable al propósito (un disparo de revólver —o dos, o cinco— no han de provocar verdadera alarma.)

Se sabe pues, que la noche es bastante tétrica y que el señor *Equis* pretende que la instalación eléctrica no funciona debidamente. Se sabe, también, que ocurren dos circunstancias precisas, una de las cuales es concreta, y la otra ficticia puesto que solamente tiene asiento en la imaginación de Bellán.

Equis manifiesta a Bellán que en vista del no funcionamiento del equipo eléctrico recurrirá, para verse las caras, a una lámpara de petróleo reservada para tales casos. Entonces, en la imaginación del frívolo visitante se presentan los movimientos que en la tiniebla estaría cumpliendo *Equis* dedicado a poner en funcionamiento la lámpara. Sus sentidos discriminan; percibe cómo encaja el tubo en el, canal circular *ad hoc*, e incluso cómo, mediante una horquilla de mujer, lo protege de las corrientes de aire.

Tan seguro está Bellán de que la operación llevada a cabo por *Equis* es la que acaban de anunciarle y que él reproduce con la imaginación puntual y sucesivamente, que llega a sostener más o menos el siguiente diálogo: “¿Deja de funcionar muy seguido la instalación?” “Oh, no, señor; esta vez se trata del transformador de alta tensión...” “¿Cómo dice?” “El transformador de alta tensión”.

En este punto del cambio de ideas (“¿Cómo dice?” “El transformador de alta tensión”) es cuando Bellán afirma haber discernido que *Equis* vertía querosene en el balón de la lámpara. El acto real es muy otro, sin embargo. Lo que en puridad hace el señor *Equis* es preparar su arma, quitarle el seguro y apuntar hacia el infeliz en la oscuridad, cosa de no errar ni mínimamente la puntería. Lo anterior, relativo a la lámpara y al querosene, sólo ocurría en el cerebro de Bellán.

Ahora las cosas está que arden y el ignoto dispara cinco balazos uno detrás de otro en la certeza de estar liquidando a un bellaco, o bien (pues la puntería ha sido afinada hacia determinados puntos escasamente vitales...) proporcionándole una lección que le enseñará a comportarse según las reglas por todo el resto de su existencia.

Bellán, o se había desplazado previamente (circunstancia que el señor *Equis* no llegó a descubrir) y en ese caso los disparos buscaban ser mortíferos; o no se desplazó, y estaría visto entonces que lo buscado era solamente darle una inolvidable lección.

5º El bellaco se desmaya. Es la sorpresa ante la agresión, o bien los plomos dan en pleno blanco. El bellaco se desmaya, se desangra un poco y agónicamente vuelve en sí en horas de la madrugada. Se encuentra en una habitación de madera y hojalata. La habitación y la casa, además de haber sido construidas con precariedad, están deshabitadas. Bellán está sin pensamiento y sin garganta: no consigue gritar en demanda de auxilio. Se arrastra, llega hasta el portal, repta, y se encuentra en la calle.

En la calle se desmaya otra vez y despierta en el San Roque al cuidado de una pomposa enfermera a la que hace el amor, y bajo los fierros de los diestros Fitipaldi y Arespacochaga, quienes le extraen todo el plúmbeo contenido con el sereno desapasionamiento de los que se pasan la vida rescatando metales del cuerpo de los bellacos.

HASTA ALLÍ la primera tanda de sucesos, al tenor de las informaciones. Queda dicho que Bellán se restableció por completo y que salió a la calle, una vez dado de alta, a pavonearse de la cantidad de vida suplementaria de que gozaba todavía. Y torna a tener desarrollo una cantidad de minúsculos sucesos que rematan con la vuelta del bellaco al hospital, con gran jarana de las enfermeras, los practicantes y de los doctores Fitipaldi y Arespacochaga, que tienen en este asunto una increíble anécdota para contar a los discípulos. He aquí los hechos que, como se ha advertido, sólo resultan una repetición de los ya narrados:

1º Bellán vuelve a tomar contacto con *Equis*. *Equis* despierta otra vez la curiosidad imbécil de Bellán y le anuncia que para satisfacerla (y saber al mismo tiempo cómo una inocente lámpara alimentada a petróleo puede de súbito convertirse en arma letal...) debe retornar a la casa de madera y lata del Dock Sur. Bellán se deja persuadir una vez más y no vacila en acompañar a *Equis*.

2º Una variante. La instalación eléctrica funciona. También funciona la cerradura que *Equis* cierra tras de sí. “¿Por qué cierra con llave, señor?” —quiere saber Bellán. Gran alboroto: *Equis*, en lugar de contestar de viva voz, habla por la viva voz de su Colt y descarga otros cinco tiros a quema-imbécil. Aquí posiblemente salvan a Bellán (si de veras no ha habido intención de liquidarlo del todo) la sorpresa y los saltos atléticos a que se entrega mientras los balazos son disparados al hilo. De esta hecha sale también cribado: una bala le perfora la pierna derecha, otra se introduce en la mejilla derecha y sale por la izquierda, en tanto las demás se distribuyen un poco al azar, pero no eficazmente.

3º Desmayo de Bellán; despertar de Bellán a la madrugada siguiente, demanda de socorro mediante golpes aplicados a la puerta cerrada con llave; nuevo desvanecimiento; ambulancia, San Roque, jocunda enfermera, jocundos practicantes y regocijo interminable de los cirujanos Fitipaldi y Arespacochaga, quienes ahora proyectan industrializar todo ese plomo habido por tan reiterado conducto.

Repito: todos —Dana, Lema, Manso, Severo..., todos en fin en el Férugson— creemos que Alguien se erigió en honorable vengador y armó la mano de *Equis*. *Equis*, por su parte, cumplió su cometido con loable discreción.

Sin embargo —ah, señores...— se puede cribar el cuerpo de un insigne bellaco sin que por ello se logre la felicidad de desbellaquizarlo. La bellaquería fluye

por las venas, no disminuye con el manar de la sangre desde los pozos profundos abiertos por una decena de heridas. La bellaquería es inherente. Bellaco se nace. La bellaquez resulta perfectible; no así el proceso de una desbellaquización. Se puede intentar el desbellaqueo y no lograrlo jamás. Invulnerabilidad de la condición de bellaco. Al contrario, quizá la índole bellaca mejore y se asiente con la prueba del desbellaquizar.

Quiero decir que Bellán insistió en su vocación y llegó a ser el mejor y mayor instrumento de irritación, desasosiego y perturbación de que gozó la ciudadanía porteña por aquellos años. No para nosotros, los del Féruson, por fortuna, puesto que nos desdeñó, pero siguió, mejoró, amplió, perfeccionó su hacer en otros ámbitos —según se supo—, y con abundancia, con ciega, fatal, obstinada contumacia.

VI A MI HERMOSA su mujer Cora la tarde de un viernes mientras contemplaba una vidriera de Escasany en la calle Florida. Le dije a Dana, después:

—Dana, toda la chafalonía del escaparate se puso a despedir destellos azulados. Cora solamente miraba, y sin embargo la calle Florida se coloreó también de azul cielo y primavera. Hasta las palomas que venían de Plaza Mayo fueron azules. Azules los ventanales de Saga y, en la otra cuadra, la librería del señor Espiasse donde media hora antes había hojeado y ojeado el primer ejemplar del *Ulysses* (en parlevúfrancé) llegado a Buenos Aires. Todo azul, Dana, todo índigo, añil, cobalto, Prusia, Sajonia y lapizlázuli.

Dana manifestó comprender lo que me pasaba. Tuve prueba de su cordialidad porque dijo, si bien un poco sentenciosamente:

—No hay que pensar más en la mujer de Bellán. No se tiene en el corazón a la mujer del bellaco sin ser un poco y cada vez más el bellaco mismo.

♦ El bellaco Bellán

Así habló Dana cosas que yo ya sabía. Entendí que de una vez por todas estaba obligado a enamorarme de otra.

El bellaco Bellán

por

Arturo Cerretani

Edición original

Ficción N° 28, noviembre-diciembre 1960,
Buenos Aires

Revisión y edición digital

© In Octavo, 2025